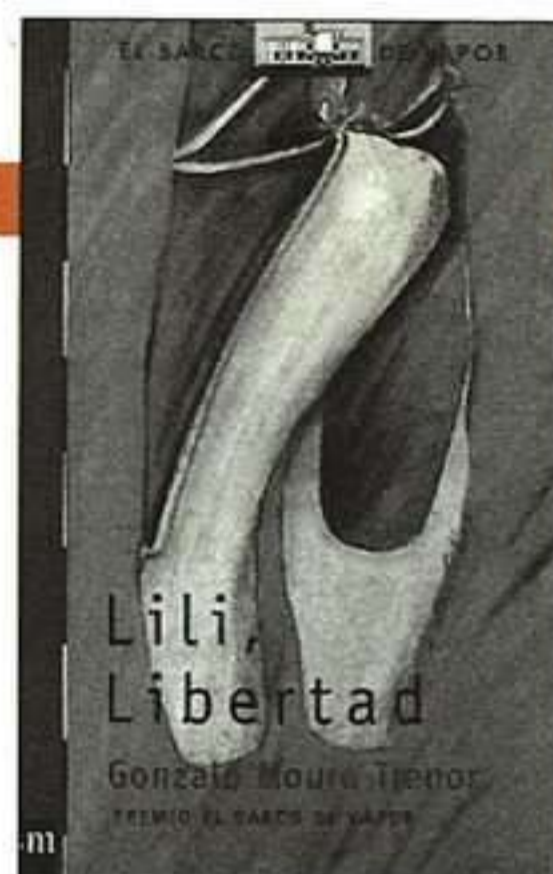


La niña rebelde

por Pablo Barrena*

Lili, Libertad

Gonzalo Moure Trenor.
Colección El Barco de Vapor, 92.
Editorial SM.
Madrid, 1996.
Premio El Barco de Vapor 1995.



El lugar ocupado por Gonzalo Moure Trenor en la literatura infantil y juvenil aumenta día a día desde que, en 1991, publicó *Geranium*, su primera obra. Nacido en Valencia en 1951, nieto de escritor e hijo de madre lectora, ya en su infancia soñaba con escribir. Ahora reside en una aldea asturiana y, en tiempo de crear, imagina y elabora historias de excelente calidad. Con ésta de la niña rebelde logra algo que todo escritor anhela: el lector olvida que la está leyendo y vive la narración. Para alcanzar este objetivo, Moure, en su papel de personaje real, comienza diciendo sencillamente «un día vi por la calle algo que me dolió», y tal inicio, no puede ser de otro modo, despierta la curiosidad. Pero el deseo de saber qué vio él, queda satisfecho enseguida: se trataba de un niño que sufría a causa de vestir un terrible disfraz de demonio. Sin embargo, unas líneas después, el autor continúa con su argucia y vuelve a despertar la curiosidad: dice que le contó a la directora de un colegio la peripecia del niño, y entonces ella le miró «de una forma tan extraña que me

intrigó»; o sea, ¿qué vendrá a continuación?

Pues bien, merece la pena considerar que hay una inevitable orientación poética en la transmisión emotiva de aquello que ha sucedido, es decir, hay ambigüedad en lo que se cuenta, y más si lo cuenta un narrador distante, interpuesto. Por más que el narrador insista en afirmar que habla de lo que conoce bien, uno duda o debe dudar, y la duda no significa sino lo que siempre se constata, al menos desde que el conocimiento de lo real es cosa controvertible: un relato crea sentido, *hace* y *dice*, y no existe forma de averiguar su verdad última, ni importa, porque lo que importa esencialmente es la lectura enriquecedora, lo que el relato, capa tras capa (de tenerlas), ofrece a la interpretación.

Entonces, volviendo a lo de antes, resulta que la buena directora, Francisca de nombre, para más señas (de lo real no verificable), empieza a recordar «algo que también me contaron» sobre una niña. De esto que le contaron, explica ella, «hay cosas que sólo podría comprenderlas otro niño». Tal se ve, el de-

cir de Francisca da cauce a las astutas intenciones del escritor, el cual, al modo de Michel Ende («Un cuento de miedo completamente normal», en *Cuaderno de apuntes*) y según la fórmula de Henry James (*Otra vuelta de tuerca*), deja al lector en la imposibilidad de conocer si lo que acaba contando la directora (que se lo contaron a ella y que se lo transmite el autor al lector) sucedió, y si cree que, en efecto, sucedió —¿por qué no?—, ¿acaso fue exactamente así la historia de la niña que sufrió por culpa del maestro y luego le desafió y al final él supo comprender y todo ello debido a un problema con el disfraz de carnaval?

El lector no podrá tener nunca una respuesta definitiva a esta pregunta, puesto que la propia Francisca, por lo que sea, oculta o modifica alguna información precisa. Porque, como se pregunta el autor (abundando en su ambiguo juego de conferir realismo a lo contado) en uno de los apartados que hace a lo largo de la historia, «¿Pero quién fue ella? ¿Libertad? ¿Don Mauricio? ¿La propia madre de Lili?» Y si no se lo ha confesado a Moure, ¿habría de aclarárselo a otro interlocutor, eso mismo y otras cosas? Ah, quizá sí, quizás al que escruta palabra por palabra, analiza las conversaciones y los silenciosos, lo dicho y lo callado, hasta las últimas frases del libro, que parecen insinuar alguna clase de certeza, aunque menor que la enunciada con las primeras palabras de esta historia: *Lili, Libertad*. ■

*Pablo Barrena es escritor y crítico literario.